

ANTONIO GALA, POEMAS DE LO IRREMEDIABLE, edición de Luis Cárdenas García y Pedro J. Plaza González, Barcelona, Planeta, 2023, 286 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS
Universidad de León

Resulta en verdad extraordinario que haya podido materializarse en un tomo que se acerca a las trescientas páginas un caudal tan numeroso de textos poéticos, la mayoría inéditos, del escritor cordobés Antonio Gala. Remarco que lo extraordinario no solo estriba en haber reunido los editores tantas composiciones, y que no solo sean desconocidas, sino que además haya tantísimas inéditas, y que incluso no se hayan incorporado todas las inéditas posibles, pues los aludidos editores anuncian que todavía quedan más por aparecer. Me estoy refiriendo al libro publicado por Planeta en 2023 con el título de *Poemas de lo irremediable*, un *corpus* que se ha editado con algunas ilustraciones consistentes en fotografías de manuscritos de sendos poemas, avalándose así que el trabajo de los especialistas que lo llevaron a cabo se sustentó, según declaran ellos mismos, en la consulta directa de los materiales editados, los cuales suponen el resultado final de un «proceso de selección,

transcripción, ordenación, corrección, homogenización y edición...» (10).

Las creaciones de que consta el tomo abarcan un período cronológico comprendido entre 1947 y 1952, es decir unos cinco años más o menos. Van precedidas de sendos prólogos, uno amplio de los editores Luis Cárdenas García y Pedro J. Plaza González, titulado «Otras palabras previas: las raíces de la poesía de Antonio Gala», y otro muy escueto, el que firmó Pere Gimferrer con el título «Retrato de un poeta joven: el único y su propiedad». Sorprendentemente, el libro carece de un índice que entiendo era más que necesario, no tanto para los lectores en general, cuanto para quienes pretendan el estudio de los textos, pues la carencia de ese Índice no facilita labores filológicas diversas, entre ellas las de volver fácilmente sobre textos leídos y anotados, y contrastarlos con otros semejantes o disímiles.

Es extraordinario y excepcional también haber sido escrita en ese período tanta y tan buena poesía por Antonio Gala, y remarco la calificación de buena, y a mi entender lo es que la producción más representativa de no pocos poetas pudiera incluso ser de menor valía y estima que la de este poeta incipiente tan joven entonces y sin embargo tan cuajado en muchos sentidos. Es una poesía inspirada en el amor, en el amor humano una gran porción, pero mayormente en el amor a Dios, al Dios cristiano, abundando en este caso en una veta a la que la inmediata posguerra fue tan propicia, y en la que gracias a este libro se comprueba que Antonio Gala hizo unos aportes literarios de un nivel muy alto en los que se manifiesta una sabiduría artística de veras notable, y en los que se conjuga una emoción intensa y vívida. A juicio de Pere Gimferrer, la lectura de *Poemas de lo irremediable* supone una «experiencia parecida a la de leer *Oscura noticia* o *Hijos de la ira*; ante todo, por una vivacísima presencia de lo andaluz, a un tiempo popular y culto» (21), pero añadiría también en virtud de tanta maestría y a la par de tan acrisolado lirismo como ostensibilizan los versos del autor.

De haber publicado Antonio Gala esos versos en el espacio de tiempo en que los compuso, muy bien pudieran haberle salido un par de libros, o acaso tres, si uno considera el promedio de extensión de tantas entregas que no llegan a las cien páginas como proliferan en la poesía española actual, y que en ocasiones hacen pensar en el deseo de hacerse cuanto antes con un currículum literario que vaya sumando títulos y acaso reseñas, e incluso lecturas y presentaciones públicas. Si en cambio hubiese dado a la estampa todos esos poemas muy *a posteriori*, a muchos

años vista de cuando se crearon, acaso ya en el siglo XXI, bien hubieran podido calificarse por la crítica como tentativas, como poesía temprana, como prehistoria poética de quien iba a editar a fines de los cincuenta *Enemigo íntimo*, en la década siguiente *La deshora y Meditación en Queronéa*, en los ochenta 11 sonetos de la Zubia y *Testamento andaluz*, en los noventa *Poemas cordobeses* y *Poemas de amor*, y a comienzos del presente siglo *El poema de Tobías desangelado*. Y ha de resaltarse también como extraordinaria la precocidad y la exuberancia creativa que atestiguan esos textos, pues habiendo nacido el escritor en octubre de 1930, el más lejano de los incluidos en el volumen, «Cantiga», se compuso cuando no había alcanzado aún los diecisiete de edad. Y por lo que hace al último, que empieza diciendo «Callar, callarnos», vemos que data de diciembre de 1952, recién acabados de cumplir los veintidós.

Los editores Luis Cárdenas García y Pedro J. Plaza González han dispuesto los poemas según el orden cronológico en el que, de acuerdo con los manuscritos y mecanoscritos que consultaron, fueron datados por quien los creó, una pauta que ciertamente facilita el estudio filológico de ese *corpus* tan amplio en el que interesa ir dándose cuenta de la evolución literaria del poeta, una evolución que por supuesto no solo se nota a lo largo de esos años, sino año a año, y sorprendentemente a veces inclusive entre poemas de confección muy cercana, lo que atestigua una gran autoexigencia. De conformidad con esas fuentes han consignado los editores la fecha de finalización de los textos, al cabo de los mismos, y han ido indicando excepcionalmente también, cuando se sabe, la parte del día en la que dio Antonio Gala por hechos sendos poemas (seis de la

tarde, diez y media de la noche, por ejemplo).

Igualmente consignan Cárdenas García y Plaza González los lugares donde fueron creadas las composiciones (Córdoba, Sevilla, Montequero, Cuéllar, Santiago, Madrid, Santillana, y aun otros), aspecto este crucial en la obra de un poeta que ha dado tanto protagonismo al contexto inspirador. Algunas no se gestaron en un único lugar, como «*Vigilia*» o «*El poema de Tobías*». La localización no se limita a lo geográfico en determinados casos, sino que en ciertos supuestos se especifica todavía más el sitio, como cuando se indica expresamente que los versos fueron compuestos en el Colegio Mayor Santa María del Buen Aire, en la sevillana Castilleja de Guzmán, o en el patio de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla. Asimismo se anotan puntualmente los textos que se dieron a conocer en revistas, varias de ellas andaluzas: las gaditanas *Alcaraván* y *Platero. Verso y prosa*, la sevillana *Aljibe*, y la malagueña *Caracola*. Otras fueron la talaverana *Rumbos* y la madrileña *Escorial*.

En estos *Poemas de lo Irremediable* se puede apreciar cómo se inició y se fue forjando un muy joven poeta, y cómo afrontó dos de los retos literarios que se le ofrecían por entonces y de los que tuvo plena conciencia. Unos eran de marchamo técnico, y específicamente rítmico. Otros tenían que ver con la perspectiva desde la que, según su criterio, habían de enfocarse y de desarrollarse los asuntos inspiradores a fin de lograr una buscada originalidad y una aguda y atípica perspectiva de indiscutible sello propio. Respecto al primer supuesto, el del ritmo, advertimos en el poeta en agraz la práctica de la poliestro-

fa del soneto en diversas formulaciones, entre ellas la del soneto blanco, así como otras prácticas: las cuartetas, los serventesios, los romances, las composiciones que sin ser romances mantienen técnicas arromanzadas, los versículos, y también el poema en prosa, así el titulado «*Su primer beso*». Y no deja de sorprendernos enseguida y admirarnos al mismo tiempo la gran capacidad, el inusitado y excepcional poder de creación exhibido desde el principio, así como los logros de vario signo alcanzados en un lapso temporal de cronología tan corta.

Respecto a los enfoques poemáticos, se observa que en sus versos el poeta se va auto radiografiando desde un punto de vista espiritual, y se observa asimismo cuán honda era su introspección en los asuntos motivados por su remarcable fe cristiana. Esta fe la dejó sentir el hablante poemático de una manera muy directa que la mayoría de las veces no fue nada pacata, sino muy osada en sus invocaciones directas a Dios, no exentas en algunos pasajes de un hondo sentimiento de culpa y de incapacidad de evidenciar lo mejor de uno mismo a causa de caídas mentales y anímicas que no pudieron ser evitadas debido a una inconstancia no superable que menoscabó propósitos ascéticos de robusta pretensión. Los editores señalan y ponen énfasis en distintos poemas que ilustran en Antonio Gala el «viraje de una religiosidad fervorosa de juventud a una suerte de espiritualidad totalizadora y a un misticismo pagano -latente especialmente en “*Parábola del ciervo herido*”, que bebe abundantemente de nuestra tradición literaria y alcanza su culmen en *Enemigo íntimo* y en *La acacia*» (18). Y en esta tradición literaria han de ser traídos

a colación autores clásicos como Lope de Vega, pero aun más san Juan de la Cruz.

También se nota con claridad en *Poemas de lo irremediable* cuán intensos fueron aquellos textos en los que el autor se auto analiza evidenciando, sin medias tintas, su entrega a un erotismo a veces desgarrado donde se fueron alternando placeres sensibles y desazones amorosas, unas veces ocasionadas por experiencias físicas y amatorias reales, otras se diría que producto de elucubrados fantaseos. Algunas composiciones destacan por haber conseguido Antonio Gala una versión nueva, distinta, anticonvencional e inmarcesible de lugares comunes seculares que me atrevería a decir que nunca antes fueron tan bien plasmados, y estoy pensando en asuntos tan inveterados como el del corazón «comido». No menos interesante es la original versión de otro tópico literario y artístico asociado a la temática religiosa como el de los ojos «arrancados», que se desarrolla en el texto «Invitación».

Poesía muy cuidada, mayormente clara y con delicados decires líricos, no

está exenta de exploraciones de carácter surreal, así como de brillantes imágenes. La sensación que transmite de estar dotado el poeta de una poderosa vena retórica se conjuga con otra sensación que también nos llega a los lectores, la de que esa retórica se controla y dosifica. El carácter dialógico de tantas composiciones emparenta en diversos poemas con las preces íntimas de destinatario crístico.

La lectura de *Poemas de lo irremediable* ha podido apoyar otra contundente aseveración de los editores, la de que Antonio Gala fue, «sin atisbo alguno de duda, uno de los grandes poetas del amor del siglo XX, avalado por títulos como *Sonetos de la Zubia* o *Testamento andaluz*» (ídem). Esa aserción no la considero exagerada, sino que la suscribo plenamente, enfatizando de paso y a mayores que ese aserto implica y presupone que ese excepcional poeta puede codearse en materia erótica con los más significativos poetas del 27, del 36, y de su propia leva de mediados del siglo, y aún de las posteriores.